

LA REVOLUCIÓN

Directores: { MANUEL MORA VALVERDE
RICARDO COTO CONDE

SEMANARIO DEMÓCRATA

APARTADO No. 1386
Número suelto 10 cts

Año I

No. 7

Con respecto al tribunal de accidentes de trabajo

Es indudable que la Ley de Accidentes de Trabajo, con el mecanismo que se usa para su aplicación, no da en la práctica los hermosos resultados que se tuvieron en mira al elaborarla. Se quiso hacer una ley que protegiese a los pobres trabajadores cuando la desgracia de un accidente los obligase a guardar cama y a dejar de trabajar, y esa ley ha sido perfectamente anulada, al dejar supeditado el tribunal que la aplica al Poder Ejecutivo ¿Por qué no depende ese tribunal del Poder Judicial como la lógica lo pide? Todos sabemos que el Ejecutivo no es el llamado a la administración de justicia, y que al encomendársele funciones de tal especie, no se hace sino poner esas funciones a merced de múltiples influencias, entre otras, las políticas. Ya son muy frecuentes los casos en que el Tribunal condena a un rico hacendado o a un empresario de cualquiera clase, a pagar a un infeliz trabajador una miserable in-

demnización, y el Presidente revoca el fallo de la manera más estúpida y cruel por agrandar al infame capitalista, que no vacila en poner en juego cualquier sucia trama, para robar el pan al trabajador que se invalidó regalándole sus fuerzas. Repetimos que esos casos son muy frecuentes, y no citamos ninguno por no hacer larga esta nota, pero en otra ocasión lo haremos. Varias veces hemos tenido que reírnos no sabemos si de lástima o de vergüenza, al contemplar en un boletín judicial, razones absurdas y ridículas, traídas por los cabellos, con las cuales son reducidos a nada, fallos bien fundamentados en la justicia y en la Ley.

¿Querría el Congreso remediar esos males? ¿Y de no suceder así, los obreros por qué no se unen y exigen por la fuerza la reparación de esa injusticia? ¿Pensarán continuar dejando cobardemente pisotear sus derechos?

duo que lo maneja; la pala al rebotar sobre el duro pavimento imita la queja continua e inescuchada del trabajador, y las piedras, golpeadas por los aceros, chispean en un arranque de insubordinación. Pero los hombres, inconscientes de su miseria, e incapaces de comprenderla y remediarla, golpean sin cesar. El sudor corre por sus polvorientas frentes; el polvo obscurece sus vistas; los labios apretados sostienen el puro, formando un rictus amargo y doloroso; sobre la espalda doblada el sol deja caer implacable sus rayos de fuego.

Si fatigados de su incómoda posición descansan unos instantes, la voz brusca del capataz los llama de nuevo a su tarea: son los galeotes de la tierra.

¡Pobres gentes, parias de una sociedad disoluta y despilfarradora, que irrisoriamente se titula democrática. Nadie al pasar al lado de ellos piensa que alguno puede estar enfermo; que muchos probablemente desfallecen debido a una alimentación inadecuada, y a pesar de eso tienen que matarse trabajando como bestias. Quizá en la casa de alguno, en su humilde y oscura vivienda, se encuentra enfermo el hijito de su alma; y ansía estar a su lado un momento siquiera; y llevarle medicinas para curarle su mustio cuerpecito y juguetes con qué arrancar una sonrisa a los macilentos labios.

Cuántos al salir de sus casas dejaron postrada en el duro lecho a su anciana madre sufriendo los achaques de la miseria. En los oídos de muchos resuenan todavía las duras palabras del dueño de la miserable covacha que les sirve de habitación, increpándolos por un atraso.

¿Cuál diversión, cuál distracción tienen esos hijos del dolor? Ninguna. Y sin embargo, cuán duro castiga la

VIENDO VIVIR

El sol brilla en el cenit con todo el esplendor que le da un cielo sin nubes, de un azul profundo. Sus rayos diríanse aceradas y candentes agujas que taladran la carne. Nada empaña la limpidez azulosa de los cielos inmensos.

La vía en reparación es intran-sitable. Sobre ella la tierra amon-tonada dibuja caprichosas montañas en miniatura, de un color amarillento que se torna rojo al recibir los dardos de Febo; los sanjones estrechos y profundos semejan abiertas tumbas de un cementerio de aldea.

Visto a cierta distancia, el cuadro tiene una rudeza agreste que cautiva. Pero de cerca tiene un no sé qué de triste y doloroso. Es una de las tantas páginas del libro de la vida, en la cual podemos leer la miseria de ciertos monigotes que se llaman hombres.

Da lástima ver a esos seres, encorvados desde la mañana hasta la tarde sobre el ardoroso suelo levantando el pesado pico con un movimiento mecánico, monótono, cansado. Cae éste sobre las piedras y al chocar con ellas parece que lanza un grito de rebeldía impotente de que es incapaz el indivi-

Pasa a la página dos

sociedad sus faltas, sin tomar en cuenta que de causa de ellas es ella misma que no los protege.

Si se embriagan les arrebatan parte de un jornal tan duramente obtenido, sin comprender que el peón toma para olvidar lo árido y cruel de su vida. Que en él los efectos del licor no constituyen un placer, sino un lenitivo a sus dolores.

Sus padres fueron peones; ellos son peones, y sus hijos también manejarán la pala y el pico, deslizándose su vida de un modo mecánico, triste y doloroso.

Un robo

Conversando en días pasados con una de nuestras bellas obreritas nos decía:

"Figúrese que en la tienda donde trabajo, me pagan por cada camisa que hago, cincuenta céntimos, y me exigen un trabajo tan fino que sin descansar un momento no puedo hacerme más de tres camisas al día con lo que me gano ₡1.50.

En cambio, mi patrón cobra, al cliente por la hechura de cada camisa, ₡7.00 ganándose por tanto ₡6.50 en cada una."

Quiere decir, que nuestra amiguita produce diariamente con su trabajo, ₡21.00 de los cuales se deja el patrón ₡19.50 y la conforma a ella con ₡1.50.

¿No es ese un verdadero robo?

Y el patrón que así procede ¿no es un verdadero ladrón?

El Monte Blanco

Existe en esta capital una casa de empeño denominada "El Monte Blanco" que en nuestro concepto es un foco de atroces inmoralidades. Hemos visto como se anuncia en los periódicos, llamando a los pobres a que lleven a ella sus objetos para recibir con el respaldo de los mismos y en las condiciones más ventajosas, el dinero con que han de remediar sus necesidades. ¿Pero sabéis lo que sucede a los infelices que tienen la desgracia de caer en aquel establecimiento? Que se encuentran con un señor por ahí, casi siempre malhumorado, que los recibe con desdén, y que después de

examinar la prenda que le presentan y de calcular la necesidad que lleva el dueño de la misma, manifiesta que la casa no tiene interés en empeñar; que su interés mayor es el de comprar. Y en esas condiciones sabemos que ofreció a una señora que le presentó una cámara fotográfica que valía cerca de trescientos colones, seis colones por ella ¿Cuántos infelices habrán caído en

esa forma? No negamos que muchas veces se resuelven a facilitar pequeñas sumas con el respaldo de objetos valiosos, pero lo cierto es que antes hacen toda la fuerza posible por obtener su venta y que los préstamos son muy raros. Así como esa hay otras casas por aquí, que creemos haría perfectamente bien el gobierno eliminándolas de un sólo tajo.

Niños que no son niños

Todo ríe en el parque; el sol inunda de alegría las anchas alamedas, el agua de la fuente modula su canción eterna.

Niños de caras sonrosadas corren sobre las baldosas multicolores bañadas por los rayos del sol; tenue brisa discurre entre el esmeraldino ramaje, refrescando la tibieza estival del ambiente.

He dicho que todo ríe; pero no; ese cuadro de alegría está nublado por una pincelada de dolor, que incita a la reflexión.

Sentados en semicírculo sobre pequeños cajones están otros niños ¡Pero qué diferencia tan notable existe entre los antes citados y éstos! Aquellos son niños en la verdadera acepción de la palabra; tienen sus alegrías íntimas de chiquillos; sus risas son canciones de optimismo; el trato que reciben es el de una planta delicada, propensa a estropearse al menor descuido. En cambio contemplad a estos otros; vedles los ojos, y en la mirada de todos encontraréis una tristeza profunda, infinita, que ellos mismos no pueden comprender; vedles la boca, y encontrar en el pliegue de sus labios la huella que deja la copa ya escauciada del dolor; ved esos cuerpos raquíticos, sucios y mal cubiertos, y pensaréis con tristeza en esos árboles nacientes expuestos a las inclemencias, que no tienen una mano amiga que enderece su tronco. Al verlos reír os extrañaréis; no es la risa cristalina y modulada del niño, que brota alegre y espontáneamente; no; es la risa que sale forzada, siendo el cuerpo y no el alma quien ríe.

¡Ah! ¡Cuánta diferencia existe entre la risa del niño y la risa del hombre!

¡Cuánta diferencia existe entre un día despejado, en que el sol brilla placentero, en que se escucha por doquiera el murmullo de las fuentes y el canto de los pájaros, y esas noches de invierno, tristes, grisáceas, glaciales, alumbradas por una luna blanca y fría, cual el ojo de un cíclope muerto.

En el niño la espiritualidad satisfecha manifiesta su contento por medio de la risa; en el hombre, ya que el alma no puede reír, ríe engañosamente la materia.

Así ríen esos pobres chiquillos; hombres a los diez años, no tienen el consuelo de haber sido niños; su vida es un continuo batallar.

¡Qué difícil es que un chiquillo de esos vea la vida color de rosa! ¡qué difícil es hacerlos diferenciar lo bueno de lo malo! No conoce ni lo que es bueno, pues nadie usa la bondad para con ellos, no comprenden lo que es malo pues la maldad es su ambiente.

Los gérmenes de las ruines pasiones están latentes en ellos. Envidian la dicha de los otros niños al verlos gozando de una felicidad imposible para ellos. Aborrecen la fuerza oprobiosa de la autoridad que los deprime, y en cuyas garras caerán más adelante.

¡Oh pobres chiquillos que siendo niños sois hombres! ¡Pobres seres para los cuales se construyen las cárceles, que tenéis obligaciones para con la sociedad, y no gozáis de ninguna protección de ésta!

Se construyen escuelas; se crean instituciones de beneficencia; se elevan templos y se hacen ofrendas, y no se recuda de nosotros.

Se publican libros, muchos libros en los cuales se habla de los derechos de los niños, y a vosotros se os excluye de esas prerrogativas.

¡Qué hipócrita y miserable es el hombre! ¡Cómo reina el egoísmo en este miserable género humano! Si pudieran los individuos obtener provecho de estas pobres criaturas relegadas al olvido, entonces si se ocuparían de ellas; si sus padres fueran millonarios; entonces brotarían los protectores por millares.

Párrafos de un importante reportaje

Insertamos a continuación algunos trozos de un reportaje dado recientemente por el escritor nacional don Rafael Cardona, los cuales revelan una vez más la marcada tendencia que se nota ya en casi todos los intelectuales de visión a una completa transformación social.

Al serle preguntado al señor Cardona cómo encontraba Costa Rica a su regreso, contestó:

Bien y mal. Bien, porque veo que algo se progresa en el sentido material. San José aumenta su radio, hay nuevas construcciones de estilos modernos, hay mayor actividad; pero mal, porque me dicen que la crisis ha sentado sus reales de un modo ostensible y cruel. Por cierto que no es una crisis efectiva, sino una crisis artificial, *una crisis provocada por el individualismo, por el egoísmo de unos cuantos ricos solamente, que ven el problema económico por el lado que más les conviene, sin parar mientes ni en el pueblo, ni en el Estado ni en nada.* Yo no creo que las posibilidades de Costa Rica sean tan mínimas como para no poder resolver estos insignificantes

problemas pasajeros. *Lo que sucede es que no hay quien quiera afrontar esos problemas por temor a perjudicar sus propios intereses. Cuatro ricos se han adueñado de Costa Rica y mientras vean seguras sus cajas de caudales dejan que el resto de la población se muera de hambre si ello es preciso.*

Al bienestar de esos cuatro poderosos señores, se sacrifica el de cuatrocientos cincuenta mil habitantes restantes. Aquella idea de que en Costa Rica la propiedad estaba bien dividida, es ya falsa. No existe esa propiedad dividida. Costa Rica va dejando de ser una república para convertirse en una hacienda. Eso es lo que yo encuentro de malo en mi país.

Más adelante, dice en otro paisaje:

"Nuestros hombres no saben volver hacia el más allá, ni siquiera se dan cuenta del momento en que están viviendo. Yo creo que debemos ir rápidamente hacia la revolución social. No a la revolución armada que no es sino la última página de un libro, sino a la revolución social que ha de modificar las viejas leyes y las viejas prácticas ciudadanas."

Educación de la niñez

(Fragmento)

La miseria económica es causa de la fisiológica, y algunas veces de la moral y mental.

La desigualdad humana es aterradora y no puede suprimirse, pero sí podemos organizar la manera de llevar el consuelo a esos desventuradas hogares en donde se siente el hambre, promotora en ciertas ocasiones del delito.

En las escuelas, en donde el niño del rico ve llegar al andrajoso del pobre, puede acostumbrarse aquél a ver, no con desprecio y como un estigmatizado al compañerito, sino como un igual a quien la fortuna y el acaso hicieron nacer en cuna diferente.

El niño del rico debe tender la mano a la del pobre, y contribuir, no a que le iguale en mundanales apariencias, sino

en el color de sus mejillas y en la alegre carcajada con el que él siente la dicha de vivir.

LUÍS CASTRO SABORÍO

NOTA

En el próximo número insertaremos un resumen de la tercera conferencia de don Gerardo Matamoros.

Aclaración

En nuestro número pasado aparece al pie del artículo titulado: "Manifiesto de Henry Barbusse", junto con la firma de don Joaquín Calvo, ésta: Abel Rolles G. En vez de esto último debió escribirse: Abel Dobles Ch. Fue ese un error de imprenta que nos apresuramos a rectificar pidiendo a la vez excusas al señor Dobles.

DE CARTAGO

Carta de un estimable obrero

Oigan bien los trabajadores lo que nosotros cosechamos de la semilla de los llamados hombres públicos que cultivamos con nuestros votos y enviamos al Gobierno y al Congreso Nacional.

El eco que producen mis párrafos mal escritos tiene que ser amargo y duro, como es siempre la verdad, el diputado D. Rogelio Chacón quien goza de un buen capital, y que tiene un bufete y por añadidura recibe 600 colones mensuales de sueldo, dice que no hay crisis. Bueno sería que se acercara a nosotros, para vestirlo con el traje del obrero, hacerlo padre de familia cuyo único haber son cinco hijos para alimentar y vestir, y verlo levantarse temprano para pensar en donde podrá ganar el pan para sus hijos, verlo con la mano en la frente pensativo, orientarse buscando el sustento de los suyos. Entonces el Sr. Chacón, con lo mano puesta en el corazón, vería que sí, hay crisis y pensaría en la justicia (lo dudo).

Cuando al individuo no lo ciega ningún compromiso, ve las cosas como son, pero por desgracia los hombres que nosotros, pobre pueblo, elegimos, no son libres ni para pensar ni para actuar, porque hay una pasión en las alturas que a todos marea. Triste y muy triste es en realidad la situación del hombre que vive pensando en no desprenderse nunca de la cosa pública y por lo tanto se da a la tarea de arrastrarse descuidando su pulcritud moral.

Esos son y han sido, como de cincuenta años a esta época, casi todos los hombres que nos han gobernado; cerebros vacíos, esfinges de piedra. Para nosotros los pobres trabajadores, han sido como la nada. Ellos son los responsables del acrecentamiento cada día mayor de nuestra gran deuda en el extranjero.

A estas horas, los hombres honrados no pueden cumplir sus compromisos; hay peones a mitad de sueldo y con solo tres días de trabajo a la semana y a pesar de estos hechos, todavía el Diputado Chacón dice que no hay crisis.

Señor ¿no es usted uno de los que metieron a Costa Rica en la deuda

exterior? No ayudó usted a los malos gobiernos que contrajeron esa tremenda deuda, mientras nos han dejado a nosotros bostezando de hambre, en tanto que otros lo han acaparado todo y tienen los bolsillos repletos. Ustedes que han encarrilado mal la cosa pública, son los responsables de que el trabajador esté saboreando esta crisis. No podrán jamás decir que por culpa nuestra, de los obreros y campesinos, se deben aquellos millones, pues lo que nos ha tocado es andar jibados, porque ya no aguantamos la carga.

No importa que pisoteen nuestros derechos, porque alguna vez será de día. Dice el Sr. Diputado Chacón que ayudará a fomentar la agricultura. Está muy bien. Pero yo le aconsejaría más bien que en la próxima sesión hiciera saber a sus compañeros que es un acto de inconsciencia el que están haciendo en momentos tan difíciles, mandando al Congreso 43 individuos innecesarios, y que más valiera economizar esa suma al Estado, así nos evitaremos que nos señalen con el dedo como a derrochadores. Es mejor que despidan de sus puestos a los que están de sobra ¡A trabajar todos con honradez! con un gesto semejante bastaría para que Costa Rica levante su inclinada frente.

Señores Gobernantes: si no tratáis de cambiar la vía por donde ha estado corriendo la locomotora nacional, tendrá que descarrilarse, y no nos va a quedar ni el palo de la bandera.

JUAN PERALTA F.

Cartago, Marzo de 1930.

LAS CONSECUENCIAS DE UNA MEDIDA ECONÓMICA

Conversando con una maestra de una de las escuelas de esta ciudad, con respecto a la supresión de la Cocina Escolar, tuvimos la oportunidad de oír de sus labios una relación que nos llenó de tristeza y que no podemos menos que reproducir.

Así nos habló:

Desde hace algunos días, vengo notando que algunas de mis pequeñas alumnas han cambiado completamente en su modo de conducirse en la escuela. Las noto siempre aperezadas, desatentas y muy poco cumplen con sus tareas. Se presentan además, con los trajes rotos y sucios. Yo comencé por llamarle la atención y reprenderlas seriamente, pero

esos procedimientos no me dieron resultados satisfactorios; cada vez era más deficiente el aprovechamiento y comprendí que de seguir así, no quedaría otro medio que expulsadas de la escuela. En vista de eso, decidí dar cuenta a la Directora de lo ocurrido, y ésta, tomando cartas en el asunto, se presentó un día en la clase y llamó a una de las niñas por mí indicadas. Se presentó; llevaba la cabellera muy enmarañada, la cara pálida, amarilla, el traje sucio y en desorden.

—¿En su casa no hay agua? —preguntó la Directora con tono severo.

La chiquilla bajó la cabeza y no contestó nada.

—¿Y tampoco hay jabón? —insistió aquélla.

Entonces, muy triste, con el aire infantil propio de su edad, contestó que no, que en su casa no había jabón; y explicó, que ella era hija de una cocinera y que no tenía padre; que su madre, salía todos los días muy de mañana para el empleo, y que no volvía sino hasta en la tarde; pero que al salir, la dejaba un poco de café, que ella a la hora de almuerzo, calentaba en casa de una vecina y lo tomaba con lo que ésta le quisiera obsequiar: un pedazo de pan o de tortilla; eso era lo único que podía comer a ese tiempo. Por la noche, su madre volvía a la casa, y entonces le llevaba algo de las sobras de la casa donde estaba empleada, era entonces cuando comía algo en todo el día. Explicó también, cómo tenía ella necesidad de lavar la ropa que se ponía, en las tardes cuando volvía de la escuela, y cuando no se sentía aperezada. Cuando existía la Cocina Escolar, ella iba a ella y entonces así podía calmar el hambre, después de las horas de trabajo de la mañana. Pero, desde que habían suprimido esa institución, no comía nada a la hora de almuerzo; la vecina ya no la daba nada para que tomara el café, porque estaba en muy mala situación.

¿Se comprende lo demás? ¿Se comprende el por qué del modo de conducirse de aquella chiquilla hambrienta que al comenzar apenas a darse cuenta del mundo, sentía ya sobre sus raquíuticos miembros los tremendos latigazos de la injusticia social?

Pero he aquí lo curioso: Todas aquellas niñas en que se había operado el cambio a que me he referido, eran asistentes a la Cocina Escolar, y su decaimiento, con raras excepciones, comenzó a notarse desde la supresión de aquélla. Se hizo una observación en la escuela, y se llegó a la conclusión de que eran más de veinticinco las perjudicadas con la mencionada supresión. Y se presentó el problema: ¿Podían las maestras ver con frialdad aquella situación? ¿Pero podían acaso dar de comer diariamente a tantas chiquillas?

El problema se resolvió así: Todos los días se lleva cada maestra una chiquita a su casa y le da de comer. Al día siguiente lleva otra, y así, las van turnando.

Eso sucede pues en una escuela; y en las otras ¿no sucederá lo mismo?

¿Y esas son las medidas económicas de nuestros hombres de estado? ¿No es un deber social, ya que vivimos un sistema anticuado e injusto, proteger a todos los desheredados de la suerte hasta donde sea posible, para evitar la miseria que casi siempre es la causa de todos los delitos en el pueblo?

Pero no: esas crueldades son necesarias, pura que sea posible hacer derroches en otras partes.

Los lamentos de tanto inocente hambriento, gravitarán irremediablemente, implacablemente, sobre las cabezas de nuestros estadistas.

Pensamientos de Víctor Hugo

Hablar con los mudos es hermoso, pero hablar con los sordos es triste.

Del infierno de los pobres se forma el paraíso de los ricos.

Nada endurece tanto el corazón como hallarse caliente entre dos sábanas.

La primera elegancia es la ociosidad, pero la ociosidad del pobre es el crimen.

La luz de las antorchas es como la prudencia de los cobardes: alumbra mal porque tiembla.

Las aristocracias se enorgullecen de lo que las mujeres se creen humillantes: de envejecer, pero mujeres aristocracias se hacen la ilusión de que conservan.

La utopía de hoy es la carne y el hueso de mañana.

Lo que mueve y arrastra al mundo son las ideas, no las locomotoras.

Se ha calculado que en las salvas y saludos, el mundo civilizado gasta en pólvora, cada 24 horas, 150.000 cañonazos inútiles. A razón de seis pesetas por cañonazo, importan 900.000 pesetas diarias o sean 300 millones al año que se van en humo. Durante el mismo tiempo se mueren de hambre muchos pobres.

Observamos: Los cálculos son del siglo pasado. Si hoy tratáramos de repetirlos, quedaríamos horrorizados porque los cañonazos han aumentado enormemente, y escandalosamente la miseria.

IMPRESA Y LIBRERÍA TORNO